

EL PRIMER MUSICO COLOMBIANO

Gonzalo García Zorro (1550-1617)

— Escribe: JAIME PEREA RODRIGUEZ

Producto del amor de uno de los soldados de Jiménez de Quesada con nadie menos que una sobrina carnal del rey Tisquesusa, perteneció pues a la genuina aristocracia colombiana, la descendiente de los reyes indios, bien que ya en su época, cuando aún no habían transcurrido cien años de la llegada de Colón al Nuevo Mundo, los papeles se habían invertido como hasta el presente y tenían mayor clase los oscuros soldados españoles que los nobles indígenas. Es que además de perder el poder, la otra condición característica de la aristocracia, la riqueza, también fue usurpada a nuestros ascendientes indios: el oro y la tierra, como es de todos sabido, pasó en un santiamén a manos de soldados y curas incultos que en su tierra valían nada, pero que al saquear a los indios y arrogarse el poder se tornaron grandes señores (es obvio que los nobles de España se encontraban muy bien en su patria para cometer la melonada de establecerse aquí).

Gonzalo García Zorro fue en consecuencia *criollo* y por tanto su única, lejana posibilidad de surgir se entreveía vinculándose a la iglesia. Desde niño fue palpable la inteligencia de este mestizo de baja estatura, tez cobriza, rostro alunado con pómulos bien definidos y ojos algo rasgados. Por recomendación de su padre, al cura Juan de Castellanos, éste lo hizo su discípulo y lo inició en la lectura y en el conocimiento de la música que embelesó al muchacho. A los 13 años de edad mostraba tal dominio de las materias que se le habían enseñado, que fue nombrado maestro de la única escuela en su tierra natal, Santafé de Bogotá. En ese cargo estuvo unos tres años, pero su anhelo, su meta, su razón de vivir era llegar a ser músico.

La muerte accidental y estúpida del padre, quien pereció al recibir tremendo golpe en la cabeza cuando jugaba al tejo con el hijo de otro conquistador, le abrió un camino al mestizo. Con la herencia pudo viajar a España y vincularse a un maestro de música en un convento. Ahí estudió con denuedo mientras duró su peculio. Y ahí aprovechó para gestionar ante las autoridades eclesiásticas la opción de una canonjía en su tierra, porque si lograba ser canónigo, disfrutaría de una renta para subsistir y podría dedicar todo el tiempo a sus bemoles. Tan solo consiguió que lo designaran "sacristán mayor y maestro de capilla en la catedral de Santafé". Ya sin un cuartillo debió aceptar y regresar.

Pero en Santafé el obispo quiso premiarlo y lo ordenó sacerdote y otra vez maestro de escuela. Lo vació, porque los oficios de religioso y docente le quitaban mucho tiempo y a la música solo podía dispensarle algunos ratos. Sin embargo, cada mes escribía cartas a los amigos que había ganado en España para que pusieran puntos a favor de su ansiada canonjía. La constancia vence. Pasaron años, pero al fin el rey Felipe II lo nombró canónigo de la catedral de Bogotá. Al enterarse de su investidura García Zorro brincó por encima de las bancas de la iglesia: se veía desde los maitines hasta el avemaría pegado a un instrumento musical. ¡Qué va! Era *criollo*.

El Capítulo Metropolitano, integrado naturalmente por españoles, no admitió la cédula y acotó el despacho suplicando al rey anulase esa prebenda para un mestizo; y mientras se pronuncie la corona al respecto, los prebendados tejerán caprichosas insidias para enredar al desgraciado músico y lograrán llevarlo al banquillo arguyendo que este cura antepone la música a la liturgia, le achacarán indignidad por ser hijo natural, sin considerar que el padre lo había reconocido al nacer, le acusarán falsamente de malversación de los diezmos y conseguirán que el arzobispo recluya al señalado en la casa cural. Pero el arzobispo no tragaba entero y después de ocupar un par de meses en la revisión minuciosa de los cargos, concluyó que se basaban en falsos testimonios y que se había cometido una injusticia. Para repararla ofreció excusas a García Zorro y le ofreció el cargo de párroco en la iglesia recién erigida de Nuestra Señora de Las Nieves, en el primer barrio del norte de la capital, barrio que desde entonces sería llamado de Las Nieves. García agradeció pero no aceptó.

—Permitidme viajar a España, ilustrísimo señor.

—Concedido.

Con sus escasos ahorros y tocando misas por el camino, al cabo de año y medio se presentó en la nunciatura de Madrid donde el nuncio le confirmó su dignidad:

—Pero, mi querido Zorro, los canónigos españoles de Santafé hace poco apelaron directamente a nuestro santo padre y te sugiero que peregrines hasta Roma.

Todos los caminos conducen a Roma y un año largo después, con tesón de artista, adquirió García del pontífice un rescrito corroborante de su canonjía (fuera de la iglesia no había opción para el criollo, pues cualquier actividad divergente de un negocio minoritario o artesanal estaba prohibida). Con el pergamino pegado a su propio cuero saltó barrancas y charcas García y se dejó caer en Santafé a los cuatro años de haber partido. ¡Mamola! Los prebendados españoles, al igual que sus paisanos funcionarios, seguían el lema que hace de América Latina, aún hoy, un mundo subdesarrollado, fatal herencia hispana que si desecháramos nos haría despegar cual cohetes: *"Se obedece, pero no se cumple"*.

Y aunque García Zorro se mantuvo en sus trece, envejiéndose casi a diario durante varios años, habrían de pasar dos lustros hasta que una nueva Real Audiencia presidida por Francisco de Sande, dividida es cierto, intervino a su favor y con los votos del dicho presidente y de los oidores Gómez de Mena, Vásquez de Cisneros y Tello de Erazo, laudó en beneficio del criollo. A mayor abundancia, excepto dos, los prebendados españoles eran otros, de suerte que en el penúltimo año del siglo dieciséis García Zorro pudo tomar posesión definitiva de su canonicato en el que se mantuvo casi veinte años, hasta su muerte, dedicado diez y más horas diarias a la música. Empero la venganza postrera de los españoles se manifestó al extraviar todos los papeles donde compuso su música el mestizo.

Algo se ha ido encontrando y por eso sabemos que Gonzalo García Zorro fue no solo el primer músico colombiano cronológicamente, sino un esteta genuino y, renglón aparte, con su tesonera brega, quien abrió el camino para que otros criollos pudieran remontarse.